



La Venezuela del siglo XXI y la ética del trabajo

Antonio Romero Milano

Sociólogo. Magister en Ciencias Sociales Syracuse University. Doctor en Ciencias Sociales Mención Estudios del Trabajo. Profesor titular (jubilado) Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado (UCLA). Email: armilano54@hotmail.com

Lorena Castro Jaén

Licenciada en Relaciones Industriales. Magister en Administración del Trabajo y Relaciones Laborales. Doctorando Ciencias Sociales Mención Estudios del Trabajo. Profesora Agregada Universidad José Antonio Páez (UJAP). Email: lorenacastrojaen@hotmail.com

Resumen

Este artículo aborda el tema de la ética del trabajo en la Venezuela del presente. En el marco de una especial situación económica, política y social por la que atraviesa el país; se considera el clima y tensión que experimentan muchos venezolanos frente a la actual coyuntura histórica. Los temas económicos y políticos no están desligados del mundo de la moral, los valores y la cultura. Primeramente se hace una revisión del contexto global y el papel que ocupan en él, los aspectos relacionados con la ética. De forma breve se revisa su conceptualización y validez histórica y se describe la traducción del mismo, el ámbito de la percepción que tienen los venezolanos respecto a este concepto. Atención especial se le confiere a la fuerza de antivalores como el juego y la corrupción como antítesis de la ética. Un punto en el análisis refiere a la valoración del trabajo productivo como estrategia para el rescate de las instituciones y la prefiguración del futuro del país. Como parte de las conclusiones de cierre, se estima que en la refundación de la ética del trabajo, pueden abrirse compuertas para la superación de los dilemas que caracterizan la actual coyuntura venezolana.

Palabras clave: tensión social; expectativas colectivas; ética del trabajo; Venezuela.

Venezuela in the Twentieth One Century and the Labor Ethics

Abstract

This article develops a discussion about the ethic of labor in the Venezuelan present time. It considers the special economic, social and political situation of tension that is being experienced by the Venezuelan population. The economic and political topics are related to the moral values and culture. First, it is reviewed the global context and the main role of ethic matters. Second, it goes over an ethics conceptualization and its historic validity, and describes its meaning in terms of the Venezuelan people. Special attention is given to the discussion of the predominance of anti-values of gambling and corruption as opposite to an ethical behavior. One point of analysis is devoted to the need for revalidating the productive work as a strategy for the rescue of the public institutions and the search of a new countries future. As part of the conclusions, the article closed with an argument that proposes the re-funding of the labor's ethic, the only way to overcome the present dilemmas in the Venezuelan conjuncture.

Keywords: Social tension; collective expectations; anti-values; Labor ethics; Venezuela.

Introducción

La racionalidad técnica sólo se ocupa de los temas terrenales y la presenta en datos estadísticos. La sensibilidad no tiene cabida en sus diagnósticos. Para ello da lo mismo decir que la pobreza en América Latina se sitúa en el orden del 28%, que reconocer que se trata de 167 millones de personas excluidas (OIT, citada por el Mundo Economía y Negocios: 5). De allí que las políticas públicas que se definen para enfrentarla parten desde esa óptica: la racionalidad. El elemento de lo ético, lo humanamente justo, no es el argumento que anima a la burocracia en sus acciones. De tal consideración se ordenan las líneas de este artículo, dando un énfasis a todo aquello que subyace en los principios éticos, como aspectos que permiten orientar decisiones en el ámbito de la solidaridad social. Para el caso que nos ocupa (la

Venezuela del presente) tratamos de focalizar la reflexión en la importancia que adquiere en este tiempo, la ética del trabajo. Como punto inicial presentamos un panorama global de la percepción que el colectivo tiene respecto a una coyuntura económica, política y social. Sus efectos psicológicos y los sentimientos de ansiedad que los ciudadanos expresan ante el presente y la incertidumbre que las embarga ante la idea del futuro del país. Para este clima social hacemos uso de los estudios de tres encuestadoras de conocida trayectoria en Venezuela.

Un segundo momento se dirige al plano global "Una mirada a la ética". Se intenta graficar el comportamiento de algunas sociedades, desde el punto de vista de la ética, ante situaciones de alta complejidad como la pobreza, el desempleo, las migraciones y la opulencia de la riqueza concentrada en pocas personas. La brecha entre pobreza y

riqueza pareciera ensancharse ante la mirada indiferente de organismos y gobiernos internacionales. Es cierto que surgen voces como el Movimiento de los Indignados en Europa y los Estados Unidos, que formulan serias críticas a estas anomalías sociales, pero hasta el momento todo parece diluirse en los titulares de los medios.

Como tercer punto de análisis nos concentramos en referentes específicos de la ética del trabajo y su desarrollo posterior en el marco del modelo capitalista. Las reflexiones de Max Weber sobre esta materia ilustran lo que constituyó una visión moral de culto al trabajo. La ética del trabajo sustentada en el compromiso y la compensación a futuro representan componentes ideológicos que fortalecieron un determinado pacto entre empresarios y trabajadores. Pero como todo relato, esta ética del trabajo basada también en el sacrificio o lealtad a la empresa, entra en una fase de revisiones en muchos países.

Para un cuarto aspecto se tiene una descripción general de la percepción existente en Venezuela respecto a la ética del trabajo. Este punto es oportuno para debatir en términos culturales lo que ha sido la proliferación de antivalores, alimentados desde diferentes instituciones que han provocado una descalificación al trabajo como hecho humano. La idea del esfuerzo o el estudio para encarar el futuro, fue sustituida por el juego y el azar. Frente a la lealtad a la empresa u organización, la llamada viveza criolla se convirtió en norma de conducta, esos dos elementos, el juego y la viveza, pasaron a ser los modelos a emular como símbolos de desarrollo individual en detrimento del trabajo creativo y productivo.

En un quinto punto se aborda el tema clave de la presente coyuntura histórica por la que transita Venezuela: la polarización de modelos económicos e ideológicos. La resolución de este dilema, cualquiera sea la ruta a seguir, debe partir de la revalorización del trabajo humano como eje fundamental

del desarrollo y el bienestar del colectivo, y junto a esta premisa, la de la refundación de la ética del trabajo. A partir del enunciado de este binomio, nos permitimos elaborar una lista de modestas tareas que tenemos pendientes todos los ciudadanos del este país.

“Alguien podría preguntar: habiendo tantos problemas importantes concretos para la población tiene sentido hablar de valores, de ética? No es ese un tema postergable, no urgente? Pensamos que la pregunta debería invertirse. Cómo pueden diseñarse políticas económicas, asignarse recursos, determinarse prioridades, sin discutir los aspectos éticos, la moralidad de lo que se está haciendo a la luz de los valores que deberían ser el norte del desarrollo y la democracia. En América Latina esta discusión ha sido postergada. Es hora de retomarla porque puede arrojar muchas luces en una época de fuertes confusiones”

Dr. Bernardo Kliksberg

1. El clima social en Venezuela

Pareciera un lugar común hablar de la crisis del país. Expertos, analistas, empresarios, sindicalistas, políticos y la ciudadanía en general, coinciden en que Venezuela atraviesa por una situación delicada. Los índices macroeconómicos no traducen un ambiente de bienestar global. Tan solo con enunciar el tema de la inflación, es suficiente como para generar un consenso: Venezuela se encuentra en tensión colectiva. A partir de este reconocimiento, las empresas que se dedican a pulsar la opinión pública, vienen haciendo un sistemático registro de tal situación. Veamos como exponen el clima social existente en Venezuela tres reconocidas encuestadoras nacionales. En particular estas

empresas focalizan su atención en el año 2015 y las perspectivas a futuro:

“Este es un año de crisis, tenemos una caída severa en los niveles de ingresos de la nación; tenemos una crisis que ya estaba ahí y que superarla es muy costoso y muy difícil; entonces, es compleja económicamente y eso genera impacto, tanto en la sociedad como en la política, y en términos sociales porque la población se siente sensible a los cambios” (Luis Vicente León. Datanálisis, citado por Torres, 2015:24).

Desde un enfoque que dirige su interpretación al campo de la política, Alfredo Keller, Director de la empresa Keller y Asociados (citado por Torres, 2015:24), puntualiza lo siguiente:

“Yo creo que la gente está cada vez más angustiada, las cosas se han deteriorado aún más, hay que recordar que la gente ha perdido la confianza y la credibilidad en el gobierno... los postulados de eso que ellos llaman «socialismo del siglo XXI»; (y de la plataforma del soporte)... ha... sido básicamente la redistribución directa de la renta a través de medidas populistas”.

En una perspectiva de interpretación sociológica y con acento en el elemento simbólico, nos encontramos con la postura de Oscar Schemel (citado por Torres, 2015:25), para quien la crisis se resume en estos términos:

“Ahora hay malestar y descontento pero no hay desbordamientos ni rabia todavía, entre otras cosas los venezolanos no están buscando un culpable, los venezolanos están buscando un héroe, están demandando soluciones y respuestas... los factores antibolivarianos están apostando más bien a la caotización y a la neurotización de la sociedad, a través de un proceso de acumulación de angustias”.

Indistintamente de cuál sea nuestra empatía o distancia ideológica de las anteriores opiniones, lo cierto del caso es que resulta un hecho irrefutable, el no admitir

que estamos en presencia de una singular situación económica y social. Situación ésta que encuentra en el plano de lo político, un asidero perfecto para la confrontación y la diatriba permanente. Basta con la revisión de los mensajes que inundan los medios masivos de información en el día a día, para percatarnos de un conflicto que nos atrapa hasta en lo más recóndito de nuestros espacios mentales. En tal sentido, bueno es recordarlo: ese clima social de tensión que experimentamos es el resultado del choque de dos modelos sociopolíticos antagónicos, a saber, el socialismo y el capitalismo.

Por vez primera en la historia de la Venezuela contemporánea dos concepciones de la economía y la política se retan de forma abierta y de inimaginables resoluciones. En esta atmosfera de tensión, la salud mental del ciudadano ha sido seriamente afectada. Algunos profesionales ya hacen mención a nuevos rasgos en el perfil psicológico del venezolano ante la presente crisis.

Varios temas confluyen como destabilizadores del ánimo del ciudadano. La inestabilidad del dólar, la escasez de alimentos y productos de la cesta básica, la ausencia de medicinas y el tema de inseguridad, son algunos de los ítems que más angustian al venezolano del presente.

Para César Casal, psicólogo y psicoterapeuta Gestalt la convergencia de estos elementos conducen a la tristeza, la cual se convierte en depresión. Con esta sobreviene la rabia y, en algunos casos, la persona asume la violencia como respuesta ante toda la impotencia que la embarga. “La tensión y la preocupación se han incrementado últimamente. Se ha generado una mezcla de sentimientos de dolor y de rabia que altera el estado emocional del venezolano” (Roberto Lespinasse, citado por D’Alessandro, 2015: 22)

Adicionalmente a esta interpretación, se tienen datos que confirman esta tendencia.

Según el Programa Nacional de Salud Mental del Ministerio del Poder Popular para la Salud, las consultas en este organismo se han incrementado. De 12 hospitales psiquiátricos que existen en el país, más los servicios de psicología, psiquiatría e higiene mental en los centros públicos, se registran entre mil y dos mil consultas al mes. En la Memoria y Cuenta del citado Ministerio correspondientes al año 2013, el número de consultas de salud mental, sumaron un total de 73.294, entre ambulatorios y hospitales (Ultimas Noticias, 2015:6-7). Los síntomas más frecuentes son desordenes afectivos, psicóticos, alimenticios, de la personalidad y de control.

Paradójicamente se habla de Venezuela como uno de los países más felices del mundo. Según el Reporte Mundial de Felicidad de 2013, el país se ubica en el puesto 20 del ranking de felicidad de un total de 156 naciones (Ultimas Noticias, 2015:7), no obstante, la ansiedad es el más común de los desórdenes que exhibe el venezolano en la actual coyuntura:

“En las consultas médicas los síntomas se repiten. El caso del que no puede dormir; de la que se despierta sudando; del que entra en pánico porque olió un aroma similar al de su atacante cuando lo secuestraron; de la que tiene taquicardia; todas estas historias forman parte del rosario de quejas al que se enfrentan los psiquiatras venezolanos cada día, desde hace al menos 5 años” (Ultimas Noticias, 2015:6).

Todo lo descrito anteriormente es sólo un capítulo de la heterogénea situación por la que transita Venezuela. Según sea el prisma desde el cual se analiza al país, tal vez otras serían las explicaciones ante la actual coyuntura histórica; como también serían diversas las opciones que se esgriman como para ahondar el futuro inmediato. El acento en las políticas económicas, la modificación del modelo político

hegemónico que tenemos, el viraje drástico al sistema cambiario, la profundización de la lucha contra la pobreza o el ataque frontal a la inseguridad; probablemente sean parte de la agenda que se elabore como para afrontar la dilemática circunstancia que en el presente se observa en el país. Para otros el punto nodal es el aparato productivo. De su orientación dependerá el camino a transitar, seguido por supuesto, de las “benditas” reglas claras para el óptimo funcionamiento de la estructura económica. Si es en este ángulo, en esta variable, donde deben diseñarse todas las estrategias a seguir; entonces el tema central deberá ocuparlo el aumento de la productividad.

Surge entonces la duda: ¿aumentar la productividad para la generación de riqueza o para el equitativo reparto de esta con la finalidad de aminorar la exclusión social? En cualquiera de estas dos premisas, aceptables dentro de un hipotético consenso entre el Estado y el sector privado, lo relevante será el compromiso y el esfuerzo decisivo de los actores principales del proceso productivo. Desde esta perspectiva se requiere, de manera inexorable y definitiva, del replanteamiento de la ética del trabajo en tanto elemento cualitativo básico como para materializar la reordenación de la estructura social del país. En un país que reclama respuestas y soluciones, sugerir un tema para el debate nacional como la ética del trabajo, no es en modo alguno una abstracción. No es un ejercicio etéreo someter a la reflexión el tema de la ética del trabajo, cuando asistimos al aluvión de antivalores que niegan la importancia del trabajo como un hecho histórico y social. Los mensajes que disocian al individuo de su relación social y, hacen de la fantasía la clave del éxito frente al esfuerzo y dedicación intrínseca presente en el trabajo humano, constituyen elementos que a diario erosionan el pacto social indispensable para el buen funcionamiento de las instituciones.

2. Una mirada a la ética

A los fines de ilustrar la intención de este artículo, conviene hacer algunas precisiones conceptuales respecto al sentido y significado de lo que se entiende por “ética del trabajo”. Para ello vamos a comenzar por exponer la dimensión o alcance del término “ética”. Proviene del latín: *ethica*. Se dice que es una ciencia de la conducta. Desde el punto de vista de la filosofía se la ubica en dos direcciones:

“...la que considera como ciencia del «fin» al que debe dirigirse la conducta de los hombres y de los «medios» para lograr tal fin y derivar, tanto el fin como los medios de la «naturaleza» del hombre...y la que considera como la ciencia del «impulso» de la conducta humana e intenta determinarlo con vistas a dirigir o disciplinar la conducta misma” (Abbagnano, 1997:446).

De acuerdo a la interpretación de la filosofía, la primera de estas definiciones, corresponde a la visión que se tenía en la Antigüedad de la ética en tanto ideal al que el hombre se dirige por su naturaleza y, en consecuencia, de la «naturaleza», «esencia» o «sustancia» del hombre. En la segunda definición, el énfasis se coloca en los «motivos» o en las «causas» de la conducta humana o también de las fuerzas que la determinan y pretende atenerse al reconocimiento de los hechos...se habla que entre estas dos concepciones heterogéneas se presenta una confusión, pues las mismas se identifican como sinónimos del «bien» (Abbagnano, 1997:467). En una visión moderna de la filosofía el bien corresponde a la belleza o a la dignidad, la virtud humana o una acción virtuosa en particular, esto es: un comportamiento aprobable. También implica «una buena acción» o de «una persona buena». Delimitando el alcance de lo que subyace en la palabra «bien» se tiene que

en lo concreto, se habla del dominio de la moralidad en la actuación del hombre.

La moral como elemento que guía la conducta humana y, en consecuencia, de la existencia de valores que nutren a la misma. Es el dominio de la moralidad...de la conducta, de los comportamientos humanos intersubjetivos, y designa, por lo tanto, el valor específico de tales comportamientos (Abbagnano, 1997:131).

En nuestro presente solemos identificar a la ética como el producto de un recto proceder del hombre respecto al conjunto de la sociedad. De valores positivos que se orientan al bienestar de la sociedad en general. La ética como producto de especificidades culturales. También como valores que se sostienen por el esfuerzo, la perseverancia, el sacrificio, la honestidad, la justicia; elementos todos estos que el hombre interioriza en la búsqueda del bienestar del colectivo. Lo contrario a estos valores, será considerado como perjudicial al funcionamiento de las instituciones. Las conductas que estimulan el caos y la anomia social, son contrarias al espíritu de la ética, corroen las bases morales y jurídicas que toda sociedad erige para la sobrevivencia. Desde el núcleo de la familia y desde el aparato escolar, se imparten los valores primarios que persiguen la estabilidad social de las instituciones. En teoría, este es el discurso de lo deseable, de lo digno de emular.

Como contraste a lo anterior, se presenta el relajo de la conducta humana y, de allí, aparecen los factores que desnaturalizan el perfil de una sociedad; siendo una de las víctimas de esta distorsión el referido al trabajo. Considerando el trabajo como la clave de la existencia de la humanidad a lo largo de la historia, aparece la interpretación de la ciencia y la academia en el intento de ordenar la reflexión en torno a la ética del trabajo en distintos momentos, para darle un sentido que dignifique la conducta del hombre en el proceso productivo. Desde enfoques

ideológicos contrapuestos, hoy se dispone de un conjunto de elaboraciones científicas que permiten orientar el abordaje de la ética del trabajo como uno de los grandes paradigmas de la denominada postmodernidad. Si es menester repensar el valor del trabajo hacia el futuro, no es menos cierto que la ética del trabajo obliga al mismo ejercicio reflexivo.

3. La ética del trabajo: una teoría funcional

Las primeras ideas que surgen cuando se aborda la ética del trabajo como tema para el análisis, son las que nos refieren al esfuerzo de desarrollar con ahínco un compromiso contractual y luego esperar en el tiempo una justa compensación. Esto supone el poseer una mentalidad especial de rechazo a todo facilismo o gratuidad proveniente de agentes externos. Esa mentalidad debe estar emparentada a un espíritu singular alimentado por una visión en el tiempo de sacrificio. Es lo que sostiene Max Weber en su reconocida obra “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, publicada en 1901, cuando al caracterizar al capitalismo moderno, le adjudica al término de mentalidad un valor excepcional, el cual, hizo posible el avance de este modelo económico. El espíritu del capitalismo se fundamenta en la existencia de cierto tipo de mentalidad que

“...aspira a obtener un lucro ejerciendo sistemáticamente una profesión, una ganancia racionalmente legítima...por la razón histórica de que dicha mentalidad ha encontrado su realización más adecuada en la moderna empresa capitalista, al mismo tiempo que esta puede reconocer en aquella su más adecuado impulso espiritual” (Weber, 1975:64).

En la visión de Weber sólo en el sistema capitalista y bajo los designios de la racionalización, podía tener lugar y asidero la mentalidad propia de la clase media

industrial que, chocaba con las concepciones tradicionales religiosas del catolicismo, y, que según él, constituía la esencia del modelo económico emergente. La nueva empresa capitalista no era digerida por el tradicionalismo religioso. Esa mentalidad insurgente de las capas medias representaba el “espíritu del capitalismo”. Para ellas no resultó fácil imponerse ante los credos de la tradición religiosa. Para este cometido, requerían de carácter y firmeza, en base a ciertas habilidades que les hicieron ganar la confianza indispensables de la clientela y de los trabajadores. Demostraron en base a esa ética, la extraordinaria capacidad para el trabajo que se requiere en un empresario de esta naturaleza. Esta actitud, sostiene Weber, es incompatible con la vida regalada.

El nuevo espíritu encarna cualidades éticas, de distinta naturaleza que las que se adaptaban al tradicionalismo. Los nuevos empresarios no eran especuladores y sin escrúpulos...sino hombres educados en la dura escuela de la vida, prudentes y arriesgados a la vez. Se trata de empresarios sobrios y perseverantes, concentrados con devoción a la nueva empresa y asistidos por un espíritu y principios rígidamente burgueses (Weber, 1975:69). Carácter, firmeza, devoción, entrega son los ingredientes de esta mentalidad que nutre al espíritu del capitalismo, según Weber. Sobre tales cimientos se fundamenta su interpretación de la ética del trabajo, que condujo al éxito del capitalismo como modo de vida. Como han señalado algunos analistas de la obra de Max Weber, su interpretación de la ética del trabajo en el capitalismo, es una suerte de ascetismo, de una postura crítica frente al tradicionalismo católico, y en sus convicciones los trabajadores afectos con la empresa al credo protestante siempre tendrían mayor voluntad de identificación.

No obstante esta visión de la ética del trabajo, tan difundida y aceptada

durante décadas por el modelo capitalista, sustentada en la autodisciplina del tiempo y la gratificación, en la práctica autoimpuesta y voluntaria, y en una suerte de sumisión pasiva a los horarios y la rutina, interiorizada por los trabajadores como un destino natural, pareciera no estar en sintonía con los avatares por los que atraviesa el sistema industrial (Sennet, 2000:103). Una ética del trabajo, que se enfrenta a una crisis mundial del desempleo, no puede demandar del empleado mayor fidelidad a la empresa. Exigir trabajar duro y esperar una gratificación en el futuro, no resultan promesas del todo convincentes. La gratificación prometida, vuelve absurdo trabajar largo y duro para un empleador que solo piensa en liquidar el negocio y mudarse a otra ciudad o país (Sennet, 2000:104), pese a estos hechos, el pensamiento neoliberal sigue sosteniendo que la clave del pacto laboral, reside en el grado y calidad del compromiso a establecerse, la identificación con la empresa o institución resulta un éxito, cuando el trabajador llega a considerar sus propios intereses parecidos a los de la compañía.

Por eso insisten en el concepto de reciprocidad como elemento vinculante, entre las aspiraciones del empleado y los objetivos de la organización. Una ética del trabajo que demanda lealtad y desprendimiento de las aspiraciones individuales por parte del empleado. Esto es:

“El concepto de reciprocidad resulta central para comprender como las relaciones laborales estimulan el compromiso de los empleados. La reciprocidad se refiere al sentido de obligación que siente uno de corresponder a los regalos, un valor que ha sido como subyacente a todas las culturas del planeta” (Capelli, 2001:43).

Resulta que los “regalos” en la moderna ética del trabajo, sustituyen a los derechos laborales adquiridos, y desde ese ángulo, los trabajadores deben responder con más sacrificios, pues así lo demanda el compromiso

basado en la reciprocidad. El bienestar económico que exhiba la organización o empresa, redundará en los niveles de vida de cada uno de sus trabajadores dependientes. Esta premisa que, a diario proporciona el discurso neoliberal, tal vez no sea del todo compartida por los afectados de las últimas crisis que el capitalismo ha experimentado en décadas recientes. El mundo fue testigo de la crisis financiera del año 2008. La usura y la especulación bancaria provocó que en Estados Unidos 7 millones de familias perdieran sus viviendas. De acuerdo a la Organización Internacional del Trabajo (OIT), 900 millones de trabajadores que viven con sus familias, están por debajo de la línea de la pobreza de 2 dólares al día. El desempleo en todo el planeta se sitúa en el orden de 210 millones de personas. La tasa de desocupación juvenil mundial se ubica en un 12,7%; mientras que la misma, en América Latina, alcanza un 14,4% (OIT, 2011). Este cuadro se complementa con la advertencia de la OIT según la cual para sobrevivir este modelo económico, tendrán que crearse 600 millones de empleos para la próxima década (OIT, 2012).

En este escenario mundial, ¿cómo se dirige una ética del trabajo, donde el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), le piden a los asalariados mayor sacrificio y postergar sus reclamos laborales? Para el Movimiento de los Indignados en Europa (que tuvo su epicentro en Madrid el 15 de mayo de 2011) y para los ciudadanos de Estados Unidos que protestaron también en ese año bajo el lema “Ocupemos Wall Street”; tales llamados al “sacrificio y compromiso” parecieran no haberlos convencido. Y mayor indignación debió haberles provocado a los norteamericanos cuando se enteraron que el 1% de los individuos más ricos del mundo (unas 73.000 personas) ha incrementado su participación en el conjunto de la riqueza a nivel mundial. Más aún, ese 1% superará

50% en 2016 y excederá 54% en 2020. Adicionalmente se refiere que:

“cerca de la mitad de ese 52% de la riqueza mundial está en manos del 20% más rico (alrededor de 1.456 millones de personas) de la población mundial (7.275,2 millones de personas). De manera que 80% restante de la población (algo más de 5.820 millones de personas) sólo posee 5,5% de la riqueza mundial” (Contreras, 2015:4-5).

Un panorama mundial de contrastes. La desigualdad y la exclusión social representan un estigma que muy pocos pueden poner en duda. Un dramático cuadro humano el cual revela que, una de cada nueve personas carece de alimentos suficientes para comer y más de 1.000 millones de personas aún viven con menos de \$1,25 al día (Contreras, 2015:5). De esta paradoja, es oportuno interrogarse de nuevo: ¿cuán sostenible resulta enarbolar una ética del trabajo, que se ha fundamentado durante décadas, en la idea del sacrificio y compromiso que deben manifestar a diario los excluidos de la globalización de la economía? Si se analiza este escenario en el plano de lo local, de la forma cómo se hacen tangibles estos contrastes, tal vez se puedan identificar puntos comunes y también realidades disímiles.

En sociedades emergentes como en las de América Latina, quizás la percepción relativa al tema de la ética difiere al que se construyó en los modelos del capitalismo occidental altamente desarrollado.

Con un fuerte contingente de presencia católica, resultaría poco admisible que una ética basada en las concepciones del protestantismo, se haya incrustado en la psique del colectivo respecto a lo que

supone el trabajo. De este lado del planeta, estamos seguros que nuestra idea de la idea del trabajo expresa un rostro genuino. El culto a la empresa o a las instituciones no es precisamente lo que nos caracteriza en Venezuela. Como un país de un gran mestizaje cultural asumimos nuestra condición de trabajadores inmersos en tragedias y algarabías, entre la puntualidad, el juego y las incertidumbres del presente. No somos del todo cultivadores de presagiar nuestro futuro.

4. La ética del trabajo en Venezuela

Cuando se asocian estos dos términos, ética y trabajo, con la idea de hacer alguna interpretación de la conducta del venezolano como asalariado, siempre aparece como axioma recurrente, la imagen caricaturizada de que somos flojos. Ese estigma, alimentado desde remotas fechas y por concepciones racistas y etnocéntricas, ha pasado a convertirse en la psique del colectivo nacional como una verdad absoluta. Nada más absurdo y peyorativo para nuestra historia como nación que tal expresión¹. Un adjetivo calificativo que sin duda, al ser generalizado se traduce como una afrenta al venezolano que día a día emprende el trabajo, no sólo como la vía para obtener los recursos necesarios para su sobrevivencia, sino que lo asume como rol protagónico de su propio proyecto de vida.

El trabajo, como fundamento de vida trasciende a la simpleza economicista, una mirada reduccionista del salario a cambio de la labor desempeñada demerita el concepto

¹ Para ilustrar este punto remitimos a la lectura del artículo “Valores y contravalores” del Dr. Roberto Briceño León quien elabora una profunda reflexión científica sobre el particular. En: La Cultura del Trabajo. Fundación SIVENSA. 1995. Caracas.

trabajo. Este, se asocia a la condición propia del hombre que, en sociedad y en un mundo con otros, construye, produce, genera riqueza y agrega valor en su diario quehacer. Meda (1998:75) al abordar el trabajo como la esencia del hombre cita la definición de la Encyclopédie de Diderot y D'Alembert como "la ocupación cotidiana a la que el hombre por necesidad está condenado y a la que debe su salud, su subsistencia, su serenidad, su buen juicio y quizás, su virtud".

El trabajo y la ética van de la mano y ello supone no sólo comportamientos asociados al deber ser, sugiere mirar desde la complejidad para tratar de identificar los elementos asociados y vinculantes. Sin embargo, y tal es el caso del trabajo asalariado o bajo dependencia, los comportamientos propios derivados de la relación de trabajo pueden estar influenciados por distintos factores entre los que se destacan: la propia visión del trabajador como actor, quien puede partir de la premisa del trabajo como un "valor" o en caso contrario como un castigo; por factores provenientes de la organización en su política de recursos humanos tal es el caso de las estrategias de recompensa – financieras y no financieras - y un tercer factor dado por la dinámica en la interacción con su supervisor inmediato que pudiera impactar en la percepción del trabajo mismo a partir de la calidad en la relación personal, traduciéndose en comportamientos que hablen de responsabilidad, cumplimiento de las tareas encomendadas con criterios de calidad y reciprocidad. Ello significa una visión más compleja que con distintas aristas impone una revisión de mayor alcance.

Cabe hacer referencia en este contexto a los aportes de Douglas MacGregor con su teoría "X" y "Y". Dos posturas antagónicas respecto a la visión de la gerencia sobre los trabajadores, cada una de ellas basada en ciertos presupuestos acerca de la naturaleza humana. Por una parte, la teoría "X" – visión tradicional - parte de la premisa de

que el hombre es flojo y no le gusta trabajar y por tanto habrá que buscar la manera de recompensarle (monetariamente) para lograr de éste, su mejor esfuerzo. El trabajo por tanto no es gratificante en sí mismo y buscará evadirlo. Tal percepción de la gerencia sin duda, impone particularidades en la relación de trabajo. Los mecanismos de control estarán dirigidos a evitar o minimizar comportamientos asociados a la negligencia, pasividad, resistencia a los cambios, falta de responsabilidad entre otros; todos ellos, contrarios a los que podrían dar fe de comportamientos éticos en el trabajo. Contrario sucede con la Teoría "Y" - visión moderna - que parte de la premisa de que el trabajo es fuente de gratificación, siendo así, no será necesario imponer mecanismos de control ya que este "tipo" de trabajador da lo mejor de sí en las labores que debe desempeñar. Entre los presupuestos de la teoría "Y" se destacan que las recompensas en el trabajo se hayan ligadas a los compromisos asumidos y por ende las personas pueden ejercer el autocontrol y autodirigirse, si pueden ser convencidas de comprometerse a hacerlo (Chiavenato, 2003). Sea porque la organización "convence" al trabajador a asumir conductas de valor agregado o sea porque su naturaleza le lleva a ello, lo que centra el debate en esta teoría es sin duda dos modelos antagónicos en tanto la percepción del trabajador.

Destaca de manera particular en el caso venezolano la impronta que como país petrolero ha dejado en sus ciudadanos. El síndrome de nación rica ha perturbado nuestras relaciones sociales y productivas. La creencia de que la bonanza petrolera será eterna, ha provocado en el ciudadano común la idea de la eterna felicidad. Junto a esta ficción, el venezolano recibió como contrapartida un bombardeo sistemático de antivalores que han puesto en entredicho elementos como el esfuerzo, la constancia, la disciplina, el respeto y la justicia, por citar

algunos ítems que han sido objeto de tal avalancha de distractores. Ante el proyecto de cursar una carrera universitaria, acción que supone esfuerzo, dedicación, esmero, honestidad; el juego resulta una opción distinta con el mínimo esfuerzo. En la mente del venezolano se instauró la idea del futuro promisorio y de riqueza mediante el juego del 5 y 6 y con la imposición de la imagen televisiva. Iconos del triunfo de cada uno de los fines de semana, crearon la fantasía de la movilidad social como camino alternativo a la educación. Se trataba del alcanzar la esperanza en una apuesta de caballos. El venezolano se hizo un adicto compulsivo del 5 y 6. Un ritual que se iniciaba el lunes con la compra de la revista especializada Gaceta Hípica. Desde el viernes comenzaba el proceso de compra del conocido formulario para el sellado en todos los rincones del país. El sábado era el preámbulo con carreras en el Hipódromo La Rinconada y, el domingo, la búsqueda de la fortuna. Muchos irían a ver el espectáculo en vivo, el resto se emborrachaba de la fantasía que le llegaba a sus hogares por la TV. En el andamiaje de toda esa farsa un personaje fungía como sacerdote desde el pulpito televisivo. Se trataba de Virgilio Decán:

“...conocido en el mundo de la hípica como Aly Khan, hizo de la narración un arte de pasión, emoción y colapso (recordamos que en el mundo de las apuestas son muy pocos los que ganan)... la metáfora que se hace de su nombre publicitario con el de un multimillonario príncipe pakistání, se corresponde con la promoción que hizo de la ilusión de la riqueza fácil a través de ganar una apuesta hípica. Aquella ideología de jugar un cuadro del 5 y 6 para «salir de abajo»...” (Rodríguez Pérez, 2015:9).

En realidad, este capítulo que refiere a la inmersión del venezolano en el juego, es la continuidad de una práctica de largos antecedentes históricos. Ya en la Guerra de la Independencia, el Libertador Simón Bolívar

había atacado esta conducta en las tropas que comandaba. Lo que interesa resaltar es el desarrollo de un fenómeno que moldeó, con el apoyo de los medios, a todo un colectivo en las últimas décadas, bajo la ilusión de alcanzar el bienestar por la vía del juego con todas sus variantes. Este venezolano del siglo XXI está atrapado por las tenazas de la ludopatía, la cual funciona como obstáculo psicológico que le impide actuar con racionalidad ante los retos que le imponen estos nuevos tiempos. Es simple: ante las penalidades, insuficiencias materiales y promesas incumplidas o postergadas, el mejor refugio lo encuentra en el juego.

Este drama no tiene un solo protagonista. En él concurren y participan distintas instancias de la sociedad venezolana. Medios masivos de información (TV, radio y prensa), grupos económicos que bajo el manto protector del estado, son los responsables directos de que el juego se haya instalado en buena proporción en la psique de los ciudadanos. Ya lo había advertido en varias oportunidades el Dr. Arturo Uslar Pietri, al señalar que el apego al juego del venezolano, se había constituido un hecho digno por todos los ciudadanos a reivindicar. Certeras son sus observaciones al subrayar:

“Después de la economía petrolera, la actividad económica más importante en Venezuela la constituye el juego. En este momento, entre juegos legales e ilegales, con la protección del Estado, se deben estar jugando más de mil millones de dólares anuales. Una parte de esto es juego legal y otra parte es juego clandestino, que se vuelve de igual forma en una fuente inmensa de corrupción, de ilegalidad, de mentalidad al margen de la ley y de enriquecimiento ilícito. El Estado venezolano no hace nada para contener eso, lo ayuda, lo estimula, ahora vamos a abrir casinos porque parece que con lo que tenemos, no es suficiente” (Uslar Pietri, 1996:23).

Esta impecable reflexión la hizo el Dr. Uslar Pietri hace 20 años. En la Venezuela

del presente, la práctica del juego de forma colectiva parece no haber variado. Al contrario, se observa un incremento desproporcionado de este. El mejor ejemplo de tal circunstancia, se tiene en las apuestas millonarias de todos los fines de semana avaladas por el Estado con el conocido KINO. La manida argumentación en la cual siempre se ha refugiado el Estado, es que este tipo de eventos en sus múltiples dividendos, representan un apoyo o subsidio a los programas de interés social. Tal vez esta sea una justificación de peso. Lo cierto del caso es que se trata de estructuras edificadas con patrimonio público y, cuya naturaleza no es educar al ciudadano, todo lo contrario. Es desde el Estado donde se auspicia y estimula una cultura que contradice la esencia del trabajo, como lo es el esfuerzo, la constancia y la dignidad. La búsqueda del bienestar colectivo no se construye con el trabajo creativo, sino con un ansiado “golpe de la suerte”. Con esta valoración del juego, resulta un imposible garantizar el compromiso colectivo en lo atinente al trabajo. El juego es una salida de corte individualista. En nada se vincula al interés de la ciudadanía. De la organización legitimada del juego por el Estado, al moro de la corrupción, las fronteras se diluyen. Allí otro gran escollo, como para propiciar una valoración positiva del trabajo.

5. La corrupción como antivalor en la conciencia colectiva

En líneas anteriores se habló del rol del modelaje como referente histórico que hizo posible en el ciudadano determinados comportamientos. Modelaje histórico que creó una cultura y unas prácticas sociales, diametralmente opuestas al valor positivo de lo que en el trabajo subyace. Muchas expresiones para avalar la corrupción y la impunidad se han hecho parte del vocabulario

del venezolano. Ejemplos abundan sobre la tibia censura que se instaló en la psique del colectivo, respecto a estas conductas plagadas de antivalores. José Ignacio Cabrujas, ese intelectual de extraordinaria agudeza crítica, ha sido uno de los hombres que mejor ha descrito lo perverso y las secuelas dejadas en nosotros por la corrupción. A propósito de los sucesos trágicos del Caracazo de febrero de 1989, narra lo siguiente:

“El 27 de febrero se vivió un colapso ético, que dejó estupefactas a muchas personas, fue una explosión sobre la cual no se ha escrito hondo, amerita un análisis, es una explosión que se traduce en saqueo, pero no es un saqueo revolucionario, no hay consigna, es un saqueo dramático, las personas asaltaron locales en medio de una delirante alegría, no hay tragedia, al iniciarse el proceso. A mí me quedó la imagen de un caraqueño alegre cargando media res en su hombro, pero no era un tipo famélico buscando el pan, era un «jodedor» venezolano, aquella cara sonriente llevando media res se corresponde con una ética muy particular: si el Presidente es un ladrón, yo también; si el Estado miente, yo también; si el poder en Venezuela es una cúpula de pendencieros, ¿qué ley me impide que yo entre en la carnicería y me lleve la media res? ¿Es viveza? No, es un drama, es un gran conflicto humano, es una gran ceremonia” (Cabrujas, citado por Fundación Sivensa, 1996:135).

Pasados 26 años desde esos amargos días y el argumento que sirve para imitar una conducta como el robo o la impunidad, aún persiste en la mente de algunos venezolanos, que por cierto, son modelos y figuras públicas del acontecer nacional.

Ante los escándalos de corrupción detectados en la FIFA, el nuevo presidente de la Federación Venezolana de Fútbol, Laureano González, ante la pregunta de un reportero, acerca de si él estaba al tanto que el Sr Rafael Esquivel había recibido sobornos de alguna persona o institución, respondió:

“si yo hubiera sabido algo, si es que se produjeron esos sobornos, sería un cómplice y de seguro habría recibido una parte, porque bien tonto es quien sepa y no pida” (González, citado por Salazar, 2015:24). Elocuentes frases que grafican un particular modo de entender la condición de servidor público o privado, sin la menor conciencia del grado de responsabilidad social implícito en las tareas que le han encomendado. Ese es parte del modelo que ha contribuido a la erosión de la ética del trabajo en el país. Modelo lo suficientemente publicitado durante décadas en Venezuela y personificado en la figura del pícaro, en la conducta identificada como viveza criolla. Sobre esta perversa conducta las historias o historietas abundan en Venezuela. Manuales, folletos o diccionarios se podrían escribir respecto a las conocidas astucias de las que se ufanan poseer algunos venezolanos, para acceder a un servicio, un producto o un cargo en cualquier organismo. En nuestro diario acontecer nos enteramos del “heroísmo” con el cual una persona logra obtener un beneficio, haciendo uso de sus maquinaciones psicológicas.

Lo anterior prefigura todo un estereotipo que ha sido magnificado como una suerte de representante genuino de nuestra identidad. Ideológicamente es el producto de ese modelo dominante que apela al chantaje, la coerción, la manipulación, el ocultamiento de la verdad, y que hizo de ejemplos a seguir a políticos deshonestos, a empresarios maulas, a burócratas y sindicalistas insensibles o deportistas tramposos. La tal vez viveza del venezolano es una farsa que históricamente ha conspirado contra la decencia, el conocimiento, la pulcritud y la honestidad. Si realmente fuésemos una sociedad alimentada a fuerza de la viveza, no hubiésemos tenido las desgracias históricas que se conocen en el manejo de todos los recursos que nos ha brindado la naturaleza.

Deslastrarnos de esa imagen negativa es un verdadero reto para afianzar las bases de una nueva ética del trabajo. Para citar de

nuevo a José Ignacio Cabrujas: nuestra mejor acción hacia el futuro, es la de recuperar la falsa imagen que hemos creado en torno a la viveza.

“Deberíamos desterrar de nosotros mismos la idea de que la viveza nos ha acompañado como acto cercano al trabajo. Es falso, no hay viveza criolla, hay viveza alemana, hay viveza japonesa. Aquí lo que hay es un lento, dramático y desesperado esfuerzo de una sociedad por asumirse a sí misma, en un territorio y dentro de unas costumbres y unos códigos que ni le corresponden, ni la expresan y, en ocasiones, ni siguiera la sueñan” (Cabrujas, citado por Fundación Sivena, 1996:139).

Hemos tratado de exponer algunos obstáculos que se le presentan a Venezuela cuando se aborda el tema de la ética del trabajo. Algunos de estos son de tipo estructural y, otros, de carácter histórico, pero en el plano de las subjetividades y la cultura en términos generales. No obstante, existe un tema recurrente cuando se intentan trazar algunas líneas de acción o de cambios de actitudes en la sociedad, en el momento de prefigurar el futuro. La valoración del trabajo y sus respectivos componentes no está asociada a lo estrictamente académico. Focalizar la atención en lo que implica la imagen-país en el presente, pasa por un hecho irrefutable: Venezuela experimenta en el presente un serio dilema histórico. Vive una polarización en el plano de las ideas. La resolución de esta pasa por visualizar el rol que dentro de esta confrontación se le puede asignar a la variable trabajo y, junto a él, lo atinente a una nueva idea de la ética del trabajo.

6. La Venezuela del presente

En el presente escenario político, económico y social, Venezuela experimenta una situación especial. Por vez primera

los venezolanos asisten a un debate esencialmente político e ideológico. Dos fuerzas o movimientos intentan ejercer una hegemonía ideológica-cultural sobre el conjunto de la población. Los actores en pugna son fáciles de identificar: quienes se inclinan a una visión socialista y quienes, por lo contrario lo hacen hacia la visión capitalista. Son estas dos tendencias las que protagonizan la polarización en el país. Hasta el momento no existe una salida intermedia. De igual forma es importante acortar el siguiente dato: en Venezuela la estructura de relaciones sociales de producción es capitalista y se mantiene intacta. En consecuencia tenemos un sistema bancario, un mercado de circulación de mercancías y consumo, bajo el manto del capitalismo. Nuestro modelo de pensamiento ideológico responde al esquema del capitalismo. Frente a toda esta estructura, existe un proyecto y discurso que intenta implantar en el país un sistema socialista. De la resolución de este dilema dependerá el futuro de la nación. En función de la variable TRABAJO, deberán ambas opciones diseñar el proyecto de país deseable y posible. En la misma dirección resultarán imprescindibles las definiciones y acciones a realizar, en el marco de lo que sería una nueva ética del trabajo.

Considerando lo anterior podemos interrogarnos. No resulta una carga tan pesada solicitarle a un país, acorralado por la inflación, azotado por la incertidumbre y atemorizado por la inseguridad, ¿el que inicie un debate, de un tema como el de la ética del trabajo?; ¿la ética del trabajo no sería más bien una materia de los círculos universitarios en lugar que los ciudadanos se apropien de él?, la respuesta es no... recomponer la institucionalidad y oxigenar la democracia sólo será posible a través del trabajo productivo. Materializar este objetivo macro, únicamente será posible sobre la base de un nuevo cuerpo de valores, actitudes y posturas, donde se revalorice el compromiso hacia el trabajo en colectivo. Es un tema que

le concierne discutir a todos los actores que dan vida al proceso productivo.

Sobre este punto vale reseñar el rol que están llamados a cumplir empresarios, Estado, trabajadores y sus organizaciones. En especial estas últimas, centrales, federaciones y sindicatos de base en todo el país. Los primeros interesados en refundar la ética del trabajo deberían ser estos sujetos colectivos. Esto en función a dos aspectos: la atomización y dispersión de estas resulta evidente. Este fraccionamiento las coloca en una absoluta pérdida de representatividad. En segundo lugar, el morbo de la corrupción las salpicó lo suficiente y por eso exhiben un liderazgo descolorido y asociado con los vicios cupulares del pasado. Tanto el sindicalismo oficial como el opositor, perdieron los vínculos comunicacionales con sus agremiados y el resto de los trabajadores. (Un nuevo rasgo en su pérdida de sintonía con el país se le añade: el sicariato...).

La nueva ética del trabajo debe tener como premisa la solidaridad, en lo que corresponde a la inclusión social. Líneas gruesas de la exclusión, en términos de empleo y protección social, las cuales deber ser tomadas en cuenta por una nueva ética del trabajo, a los fines de superar las distorsiones entre empleados y ciudadanos (Estivill, 2003:18).

- Personas que tienen trabajo y protección social.
- Quienes no tienen trabajo pero si protección social (desempleados subsidiados, pensionados, discapacitados, etc.).
- Quienes tienen trabajo pero no protección (economía subterránea, sector informal).
- Hombres y mujeres que no tienen ni lo uno ni lo otro.

Y en el reparto justo y equitativo de la riqueza. Frente al fraude laboral, una nueva ética del trabajo debe postular el trabajo

decente, como lo indica la OIT (citada por EFE, 2015:16),

“Representantes de la sociedad civil europea y latinoamericana (unos 120 representantes), solicitaron a los jefes de estado en el marco de la celebración de la cumbre, Unión Europea (UE) y Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que garanticen el acceso a un empleo decente con salarios dignos. Aplicación de políticas públicas que ayuden a reducir desigualdades y la brecha salarial entre hombres y mujeres. Creación de un sistema de protección social integrador en ámbitos como la alimentación, salud, atención sanitaria, pensiones, desempleo o la protección de la infancia. Abogaron por un sistema de educación pública, universal y de alta calidad, así como la aplicación de medidas relativas a los flujos migratorios entre los dos continentes”.

En esta empresa el concurso de los jóvenes es de vital importancia. Decir hoy y futuro en el país es identificar a los jóvenes como portadores de esperanza y no de frustraciones.

En Venezuela hay reservas y fortalezas. Nuestra condición de país petrolero es una de ellas. El gran reto estriba en potenciar esa fortaleza en la capacitación y formación de la juventud. Se cuenta en la actualidad con rasgo positivo desde el punto de vista demográfico. Hacer énfasis en este aspecto resultará clave para la concreción del país deseado de las próximas cuatro décadas.

Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), de acuerdo a los datos arrojados por el XIV Censo de Población y Vivienda 2011, la juventud venezolana representa el 27,7% del total de la población (más de 7,5 millones). Esto indica que tres de cada diez jóvenes venezolanos tienen entre 15 y 29 años. A esto se agrega que la mayor proporción de la población está en edad productiva, es decir, tiene entre 15 y 64 años. Se complementa esta variable con un oportuno dato: la tasa

de fecundidad en el país ha disminuido progresivamente hasta ubicarse en 2,4 hijos por mujer, mientras aumenta la esperanza de vida. Todo este agregado ha permitido que se configure una nueva estructura poblacional, con mayoría de jóvenes y adolescentes y menor cantidad de niños.

Todo esto viene a representar para Venezuela un momento estelar para el diseño de futuras políticas públicas, en especial para su economía y el desarrollo. Esta singular coyuntura poblacional:

Es una oportunidad histórica que se da hoy en muchos países. Se trata de una transición demográfica, asociada al bono demográfico. Es una coyuntura, que dura casi 40 años y hace que el país tenga una mayor proporción de gente en edad de producir, de modo que las personas que están en condición de dependencia son menos cada vez...se puede aprovechar el enorme potencial que significa tener una población joven, con una enorme posibilidad de generar empleo, riqueza, de poner a andar la economía” (González, 2014:5).

Según los expertos es indispensable darle la mayor utilidad a ese bono demográfico. No hacer uso de este con suficiente capacidad técnica en el diseño de planes y proyectos, implicaría el crecimiento de la pobreza, mayor endeudamiento, de gente anciana y sistema de seguridad social. El sólo enunciar este último aspecto (seguridad social), obliga a repensar en su totalidad el modelo de país deseable y posible. Al ritmo de crecimiento del número de pensionados que se tiene hasta la fecha (2.600.000 y más), y los que por ley natural deberían integrarse en los próximos 20 años, sin haber logrado el saneamiento del aparato productivo, constituye una seria alerta para el Estado y el sector privado, y en general, para el conjunto de la sociedad venezolana.

Ante el dilema histórico de la polarización y, en el reconocimiento de una severa crisis económica, social e institucional, debemos

enfaticar en la idea esbozada al inicio de estas páginas: los venezolanos están demandando soluciones y respuestas. Cultivar la atención del ciudadano para enfrentar el futuro requiere de racionalidad técnica y precisión conceptual en el proyecto de país a ofertar. Las tesis maniqueístas de una sociedad destruida, no deben ser tomadas en cuenta, así como tampoco el simplismo discursivo que alienta las fantasías. Una sociedad no se hunde en su totalidad. Vive turbulencias y ansiedades, pero siempre se recupera del marasmo.

Lo anterior, sólo será posible, teniendo como norte el trabajo productivo. La historia presenta suficientes casos de sociedades que lograron vencer las vicisitudes en base al compromiso, esfuerzo, dedicación y honestidad en el marco del trabajo. Pero la noción de trabajo debe llenarse de contenidos subjetivos y culturales, que no es otro elemento que la ética del trabajo. El nuevo imaginario colectivo del país deberá nutrirse de una nueva ética del trabajo...

Comentarios de cierre

Resulta irrefutable la situación económica por la que atraviesa Venezuela. De sus efectos (ansiedad y depresión) que sobre la salud mental registran los estudios de opinión de fechas recientes. No obstante el colectivo reclama soluciones concretas que deben orientarse a la reivindicación de la autoestima del venezolano. El espacio de la familia es el predilecto para iniciar una cruzada nacional en apoyo a la revalorización del trabajo productivo. Es en éste, donde están las respuestas al desarrollo y el bienestar del colectivo. Un papel decisivo en esta tarea están llamados a cumplir los medios masivos de información, las instituciones educativas, el sector privado y el Estado. Resulta urgente poner coto a todos los antivalores que distorsionan la esencia del trabajo humano.

Colocar especial énfasis en una nueva ética del trabajo.

Los juegos de envite y azar erosionan la conducta de los jóvenes, corroen la moral y el compromiso con el trabajo. Es necesario superar el eufemismo tributario que se pretende legitimar ante el juego oficializado por el Estado. El ciudadano debe demandar de este, acciones ejemplarizantes ante el juego legal e ilícito. Es un contrasentido y una amoralidad, el que el Estado promocióne el juego o sea propietario de hipódromos y loterías. Algo distinto es proporcionar el tiempo libre, como factor clave en la reproducción de la fuerza de trabajo y en la valoración de la ética.

Sector público y sector privado (empresarios) deben predicar con el ejemplo en la lucha contra el morbo de la corrupción, pero sobre todo contra la impunidad. Un elemento que sirve de modelaje negativo a toda conducta humana es la aplicación de sanciones en el debido momento al infractor. El corrupto no es sólo el funcionario, lo es también en el mismo grado, el privado que incita y financia el delito. La figura perversa del llamado "vivo" criollo es uno de los peores estereotipos que hemos creado en los últimos 50 años en Venezuela. Es la figura del bochorno nacional. Es el equivalente a lo que en España señalan como un macarra. Ante esta nefasta imagen, alimentada por el inconsciente colectivo, es imprescindible elaborar un nuevo código de ética para todas las profesiones y oficios. Una nueva ética del trabajo es un escudo frente al delito administrativo y a la manipulación de la verdad. En este punto los gremios profesionales tienen una enorme responsabilidad.

Por otro lado, la exclusión social atenta contra la estabilidad de las instituciones. De igual forma la precarización del salario y el deterioro de las condiciones de trabajo, contribuyen a la confrontación entre los actores del proceso productivo.

Para estimular el compromiso, dedicación, empeño, sacrificio e identificación con la empresa o la institución, los patronos (públicos y privados) deben garantizar en primer término, un EMPLEO DECENTE, conforme a lo estipulado al respecto por la OIT. Una nueva ética del trabajo no es sólo el código de conducta que se le exige a los trabajadores, es también la respuesta que se espera del patrono ante sus inexorables responsabilidades. Igual se demanda una conducta de pulcritud y honestidad al liderazgo de los sindicatos emergentes de los tiempos que se avecinan en el país.

Se habla que vivimos un cambio de época. De resoluciones ante los dilemas del presente. Abrirle cause a las diferencias de modelos ideológicos es un requisito para la construcción de un país deseable y posible. El consenso debe conjurar el pesimismo que publicita la hecatombe del país. Es en la construcción de la idea-fuerza-movimiento, que se sustenta toda la visión tendente a la valoración del trabajo productivo, y junto a esta, la afirmación de una nueva ética del trabajo.

Referencias Bibliográficas

ABBAGNANO, Nicola (1997). **Diccionario de Filosofía**. Bogotá. Fondo de Cultura Económica.

AGENCIA EFE (2015). “Piden a líderes que garanticen empleo decente”. En: **El Mundo. Economía y Negocios**. Caracas. P. 16. 17-03-2015.

AGENCIA EFE (2015). “Informe sobre las perspectivas sociales y del empleo en el mundo. OIT”. En: **El Mundo. Economía y Negocios**. Caracas. P. 5. 9-2-2015.

AGENCIA EFE (2014). “Invertir en la juventud, la mayor rentabilidad”. En: **El Mundo. Economía y Negocios**. Caracas. P. 5. 13-11-2014.

CAPELLI, Peter (2001). **El nuevo impacto en el Trabajo. Empresa y empleados ante el mercado laboral hoy**. Barcelona. Granica.

CHIAVENATO, Idalberto (2003). **Administración de Recursos Humanos**. Quinta Edición. Bogotá. McGraw-Hill.

CONTRERAS ALTUVE, César (2015). “Crisis mundial no afecta a los más ricos”. En: **El Mundo. Economía y Negocios**. Caracas. Pp. 4-5. 24-02-2015.

D’ALESSANDRO, Stefania (2015). “La receta de los psicólogos para la crisis”. En: **Quinto Día**. Caracas. Nº 938. P. 22. del 23 al 30 de enero de 2015.

ESTIVILL, Jordi (2003). **Panorama de la lucha contra la exclusión social. Conceptos y Estrategias**. Ginebra. Oficina Internacional del Trabajo.

FUNDACION SIVENSA (1996). **La Cultura del Trabajo**. Ciclo de Conferencias. Caracas. Ateneo de Caracas.

KLIKSBERG, Bernardo (2002). **Hacia una economía con rostro humano**. Caracas. Fondo de Cultura Económica, Oficina del Sector Universitario, OPSU, Universidad del Zulia, LUZ

MEDA, Dominique (1998). **El trabajo. Un valor en peligro de extinción**. Barcelona. Editorial Gedisa.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (2011). “El desempleo juvenil de 14% en América Latina y el Caribe plantea un desafío en materia de políticas laborales”. Sala de Prensa. Disponible en <http://www.ilo.org>. Fecha de Consulta: 25-10-2011.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (2012). “Tendencias mundiales del empleo: El mundo enfrenta el reto de crear 600 millones de empleos”. Disponible en: <http://www.ilo.org>. Fecha de consulta: 23-01-2012.

RODRIGUEZ PÉREZ, Oscar (2015). “Los tres jinetes de la ideología dominante”. En:

Las verdades de Miguel. Caracas. P. 9. Del 15 al 21 de mayo de 2015.

SALAZAR, Miguel (2015). “Bien tonto quien sepa y no pida”. En: **Las Verdades de Miguel. Columna: Mi comentario de la semana.** Caracas N° 534. P. 24. Del 5 al 11 de Junio de 2015.

TORRES, Génesis (2015). “Hablan los encuestadores”. En: **Quinto Día.** Caracas. Pp. 24-25. Del 20 al 27 de febrero de 2015.

UNIDAD DE INVESTIGACIÓN (2014). “La ansiedad carcome al venezolano”. En: **Últimas Noticias.** Caracas. P.6. 20-06-2014.

WEBER, Max (1975). **La ética protestante y el Espíritu del Capitalismo.** Barcelona. Ediciones Península.